

LAS 'INVISIBLES' DE MELILLA



Mujer. Musulmana. Sin marido. Sin papeles. Y con hijos. Esta ecuación garantiza el pasaporte a la 'invisibilidad' en una ciudad como Melilla. Un lugar plagado de 'fantasmas' femeninos. Se calcula que hay 10.000 trabajadoras en situación irregular, criando a sus hijos, aferradas al presente, resignadas, sin hacer ruido, enclaustradas entre el mar y Marruecos.

Por *Juan Carlos de la Cal* / Fotos *Ángel López Soto*



Los ojos de Maghniya Baddoury, 35 años, reflejan exactamente lo que dice el último parte médico que guarda en el único armario de su infravivienda, en el barrio hebreo de Melilla: «Triste, deprimida, con llanto continuo y muchos problemas». Su historia refleja lo que les sucede a muchas de las 10.000 mujeres que trabajan en la ciudad autónoma prácticamente indocumentadas, excluidas de cualquier censo, con el miedo de su ignorancia encogiéndoles el corazón.

Maghniya nació en Marruecos, a 40 kilómetros de Melilla, en el Rif profundo, en el seno de una familia de campesinos y en una época en la que la frontera no separaba tantos *mundos* como ahora. Su primer amor se llamaba Abdelrahim y lo perdió al cumplir los 15 años, cuando sus padres la obligaron a casarse con Mimoun, su primo, vendedor de pescado, que solía frecuentar su casa en la época de la recogida de la aceituna, y al que nunca quiso. Ahí se hizo mayor de repente. Su infierno vital comenzó sin transición, obligada a irse a vivir con un hombre que la maltrató, vejó y enajenó desde el primer día. «Bebía mucho. Me pegaba incluso cuando estaba embarazada de mis dos hijos. Echaba cerveza encima a los pequeños para que el Imam les regañase cuando iban a la mezquita», recuerda en un susurro, como si temiese que su ogro estuviera escuchando al otro lado de la pared. Aguantó nueve años hasta denunciarle a la Policía →

FADELA MOHATAR,

Viceconsejera de la Mujer en Melilla



marroquí. Finalmente, se divorció y escapó al pueblo de Beni Enzar, al otro lado de la frontera melillense, donde alquiló una habitación por 40 euros mensuales en la que se metió con su hijo mayor, Jamal (hoy tiene 17 años), y la pequeña Sohaida (14). Pero el torturador apareció de nuevo y tuvieron que huir hacia el único lugar donde estarían seguros: Melilla. Su camino ya estaba indefectiblemente unido al de la ciudad española. Pronto encontró trabajo como cocinera en un bar de la ciudad y pudo alquilar una modesta casa por 200 euros al mes. Su hijo le ayudaba vendiendo tabaco, chicles, periódicos..., en una época, no tan lejana, en la que era normal ver a críos por las calles de Melilla buscándose la vida. Pero las leyes cambiaron y Jamal consiguió una plaza en un centro de menores, donde comenzó a estudiar por primera vez en su vida. La pequeña, entonces, ya iba al colegio marroquí de Melilla, única opción para los hijos de los musulmanes sin papeles de la ciudad.

Maghniya es analfabeta. Nunca supo nada de papeles ni documentos. Acostumbrada a un mundo de hombres, en el que las mujeres tienen que pedir permiso hasta para respirar, se dejó llevar por el destino, orgullosa de que sus hijos, por lo menos, ya supieran leer y escribir. Pero a finales del pasado verano, alguien le preguntó por qué no solicitaba una ayuda social, le explicó su derecho a ella y le aseguró que seguramente se la darían «porque las autoridades son muy sensibles a casos como el tuyo». Lo hizo. Y todavía está arrepintiéndose.

Cuando le quedaban apenas unos meses para cumplir los 18 años bajo la tutela de la Consejería de Bienestar Social, Jamal fue expulsado del piso de acogida de la Asociación Nuevo Futuro donde se estaba formando, entre otras cosas, como electricista. La razón: había *aparecido* su madre. La consecuencia: ya no tendrá la tarjeta de residencia que a punto estaba de conseguir al alcanzar la mayoría de edad en un centro tutelado. Ahora, madre e hijo están indocumentados, sin ayudas sociales ni posibilidades de conseguir ninguna por la ausencia de papeles en regla. Su caso está siendo investigado por el Defensor del Pueblo. Maghniya siente que ha caído en una trampa legal. Jamal no entiende nada y, mientras tanto, entre los pósters de Messi de su cuarto compartido, sueña con ser policía.

La hermana **Mercedes Moraleda**, en la casa de las Religiosas María Inmaculada.

En la página siguiente: **Maghniya Baddoury** pasea por el barrio en el que vive en Melilla.



Para hacer frente a esta situación, el Gobierno de la ciudad autónoma de Melilla ha colocado al frente de la Viceconsejería de la Mujer a Fadela Mohatar, una periodista española de origen bereber que puede presumir de ser la mujer musulmana que más lejos ha llegado en un cargo público en nuestro país. Fadela, locuaz, alegre y con mucha energía, está recién estrenada en el cargo tras las elecciones autonómicas de la pasada primavera. Reconoce que la situación de las melillenses es muy delicada. «Las mujeres aquí están condenadas a una falta brutal de oportunidades a todos los niveles. Y eso es algo que tenemos que corregir», asegura desde su sencillo despacho de la Consejería de Educación, a la que está adscrita su departamento. Fadela, que ha trabajado 17 años como periodista en diferentes medios locales, conoce de primera mano todos estos problemas, que ha sufrido incluso en carne propia. Hasta que cumplió los 18 años y juró la Constitución, la viceconsejera fue también una *invisible* a efectos legales. «De pequeña, como no tenía documentación, debía pedir permiso hasta para viajar a la Península de viaje de estudios. El día que me prohibieron hacer uno lloré de impotencia

ante una situación totalmente injusta. Entonces me lancé a la calle y participé en las manifestaciones que se organizaron para protestar contra la primera Ley de Extranjería que pretendía convertir a los musulmanes de Melilla en apartadas en nuestra propia tierra, sin derecho a tener propiedades ni entrar en los dispositivos de ayuda a los que tenían acceso el resto de la población». La periodista, sin embargo, habla hoy con esa frescura e ilusión de la política recién llegada al cargo con las ganas intactas de encontrar soluciones. «El problema de las melillenses está ligado a otros factores generales de difícil arreglo. Por un lado, el fuerte impacto de la economía sumergida en nuestra ciudad fomenta la explotación de muchas mujeres en el servicio doméstico. Por otro, la falta de viviendas sociales. Es fácil arremeter contra los servicios sociales. Pero, ¿qué se puede hacer si no hay medios?». La viceconsejera defiende el papel de los servicios sociales de Melilla a pesar de todas las críticas recibidas: «Tratamos de evitar que nuestras ayudas sirvan de efecto llamada a las decenas de miles de mujeres marroquíes que viven al otro lado de la frontera. Por eso insistimos tanto en la documentación. Se está trabajando para que todas las receptoras demuestren por lo menos un cierto arraigo en la ciudad. Y, aun así, atendemos más de lo que podemos. Hace falta un gran pacto entre todas las instituciones, y mucho dinero, para conseguir invertir la situación».

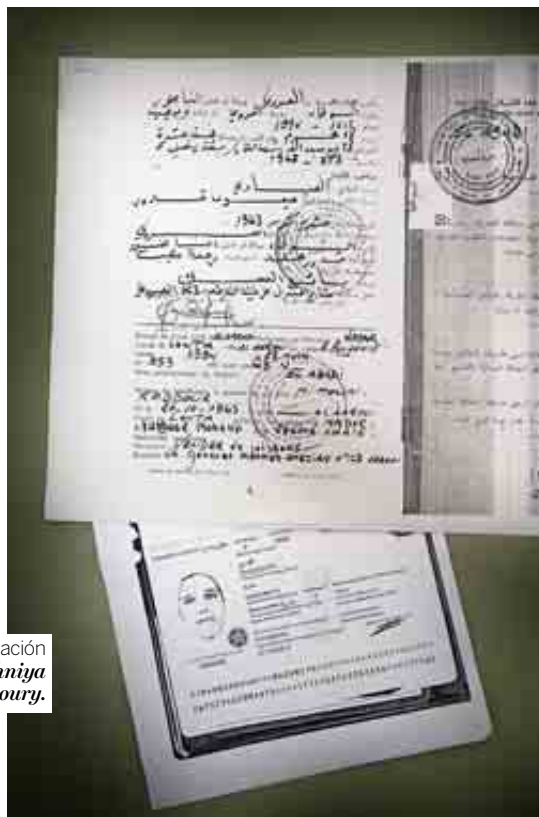


El hiyab no consigue ocultar los mechones blancos del cabello de Khadija Belgasi. Tiene 42 años, pero las canas aparecieron la última primavera. La encontramos en un piso grande, el más grande donde ha vivido jamás, en uno de los barrios de Melilla junto al mar. Los 500 euros de alquiler fueron avalados por los socios de la Asociación Pro Derechos de la Infancia (PRODEIN), una combativa asociación de ayuda a la infancia, que la rescató de la calle junto a sus cuatro hijos cuando se instaló en un banco de la calle en la Plaza de España, justo enfrente de la sede de la Ciudad Autónoma de Melilla, pidiendo que le dieran una vivienda. La suya la perdió en un desahucio por no poder pagar el alquiler.

Su historia se asemeja mucho a la de Maghniya, pero con doble sufrimiento. El padre de sus hijas mayores (Nadia, 23 años, y Dunia, 17) es español y 20 años mayor que ella. También se casaron por acuerdo familiar. Lo primero que recuerda de él es la bofetada que le dio al día siguiente de la noche de bodas. La última la recibió hace 15 años, la noche antes de escapar de un pueblo marroquí al otro lado de la frontera.

Consiguió llegar a Melilla, encontrar un trabajo en el que lleva ya 14 años, y colocar a sus hijas en el colegio marroquí de la ciudad. Los dos pequeños, Mohamed, de siete años, y Adam, de cinco, son hijos de otro padre español de nombre Suleiman, que no la pegaba, pero que la abandonó una mañana cuando se fue a la obra. La dejó con un montón de meses de alquiler de deuda y la sensación de que el mundo no estaba hecho para ella. «Después de atenderle muchos años casi como una esclava, lavando su ropa, cocinando para él, pagándolo todo con mi sueldo de cocinera, me abandonó sin más. Y con lo menos posible. ¡Pero si vivía como en un hotel!», recuerda Khadija. Herida en lo más profundo de su orgullo, desafió el orden impuesto a las mujeres melillenses y se lanzó a la calle en busca de su marido. Y la halló. Para enterarse de que tenía ya dos mujeres, dos familias.

Poco después Khadija y sus 4 hijos se encontraron en la calle con lo puesto. Siguió llevando a los pequeños al colegio y por las noches se iba con ellos a dormir al parque, *de camping*. «Veréis qué divertido», les decía. La *diversión* duró una semana. El tiempo que el más pequeño tardó en preguntar: «Mamá, ¿porqué vivimos como los pobres?». A la mañana siguiente, Khadija dejó de ser la Mujer, Musulmana, Sin marido, Sin papeles y Con hijos, esto es: la mujer humillada, sumisa, resignada, silenciosa e invisible y, por primera vez en su vida, acudió con su analfabetismo a cuestas a pedir ayuda al Ayuntamiento de la ciudad. Entre promesas, trámites y demoras de la Administración, la *nueva* Khadija pasó otra semana en la calle con sus hijos asumiendo que ya no estaban *de camping*. Finalmente, le pagaron una semana de pensión. Pero, después, a la calle de nuevo. Se fue a dormir a la puerta de la Consejería y una noche la Policía llegó con unos funcionarios y una furgoneta gris para llevarse a sus hijos a un centro de menores. Khadija se había quedado sin marido, sin casa y, ahora, sin hijos por ser una mujer humillada, sumisa, resignada, silenciosa e invisible... →



Documentación de *Maghniya Baddoury*.

El escándalo, denunciado por PRODEIN en los medios locales y nacionales, fue monumental. Agitada políticamente, la consejera María Antonia Garbin tuvo que salir a la palestra a explicar el caso asegurando que Khadija y su familia «habían sido debidamente atendidos». Rectificaron sobre la marcha, le ofrecieron un piso, le han dado una ayuda de 1.600 euros para pagar los primeros meses de alquiler y le han devuelto a los pequeños. También le pagan una parte del alquiler actual. Sin embargo, no han conseguido que desaparezca el miedo que Mohamed y Adam a las furgonetas grises...

Se puede decir que, con todo, Khadija ha tenido suerte. Pero su caso, como el de Maghniya se presenta como la punta de un iceberg social de mucho calado en una ciudad pequeña y fronteriza como Melilla. «Es un *apartheid* sistemático. Devuelven al menor a una madre que no tiene condiciones para recibirlo, para no tenerlo que documentar, mientras que le quitan los hijos españoles a la otra porque vive en la calle con ellos por no tener donde ir. Y todo por el tema de los papeles. En Melilla hay 10.000 mujeres así. Unas vienen de Marruecos todos los días a trabajar aquí y otras viven desde hace años apenas con una tarjeta de residencia, teniendo ya hijos nacidos en España. Son carne de cañón barata para ser explotadas en todo tipo de trabajos con muchas horas diarias y muy poco sueldo», denuncia José Palazón, el presidente de PRODEIN.

Este iceberg lo materializan también las estadísticas y estudios que afirman que Melilla está a la cabeza en cuanto a casos de violencia de género. La diferencia con el resto de España viene marcada por la ausencia de papeles. «Actualmente existe en la ciudad un porcentaje muy alto de mujeres inmigrantes unidas a hombres con DNI español, casadas por el rito musulmán, pero sin registrar civilmente, por lo que no existen en ningún sitio. Para muchas familias de Marruecos, casar a su hija con un español es el mejor de los destinos. Por eso se hacen esos acuerdos de familia con el mismo resultado

siempre: una chica muy jovencita, sin apenas cultura, se casa presionada con un hombre mayor que apenas conoce y queda expuesta a cualquier cosa que el marido quiera hacer con ella. La amenaza de abandonarlas en Marruecos, lejos de sus hijos ya españoles, es suficiente para convertirlas en sus esclavas de por vida. Nosotros calculamos que apenas se denuncia el 15% de los casos de maltrato que se producen», asegura José Alonso, presidente de la Asociación de Derechos Humanos de Melilla. Sin embargo, esta *invisibilidad* de las mujeres melillenses no es nueva. Ya en 1909, la que es considerada como la primera corresponsal de guerra española, Carmen de Burgos, más conocida con el seudónimo de *Columbine*, enviada a Melilla por *El Heraldo de Madrid* para cubrir la Guerra del Rif, escribió: «Pareciera que judíos, musulmanes y cristianos rivalizan por esconder a sus mujeres».

En la cima del monte de María Cristina, uno de los barrios tradicionalmente musulmanes de Melilla, se levanta la casa que las religiosas de María tienen allí para atender a los más desfavorecidos. Funciona como una misión en África, en medio de 1.500 familias musulmanas. Cuatro hermanas se reparten el trabajo de atender una demanda que les supera con creces. «Todos los días llega una docena de madres pidiendo apenas leche y galletas para sus hijos. Nosotras no les preguntamos si tienen papeles. Por eso vienen. Porque en otros dispositivos es lo primero que les piden para atenderlas. Y eso las discrimina», asegura con energía la hermana Mercedes Moraleda.

La crisis amenaza con colapsar su humilde ayuda. De un tiempo a esta parte están volviendo muchos melillenses musulmanes que vivían trabajando en la península y que se han quedado en paro. Viendo tanta necesidad que atender, las religiosas se dieron cuenta de que ayudarlas a resolver sus problemas con la documentación es casi más prioritario que la propia comida. Así, todas las tardes, más de 200 mujeres acuden a las clases de *las monjas del monte*, como las llaman en el barrio, para preparar la prueba de españolidad, un examen impuesto por el Gobierno a los inmigrantes antes de concederles cualquier tipo de papeles, y donde les preguntan cuestiones muy básicas sobre la actualidad española.

«Todas tienen claro que sin documentación hay menos ayudas. Y la mayoría son analfabetas que no saben nada del mundo porque las han criado así. Apenas ven la televisión y, menos aún, las noticias. Por eso, muchas no saben ni quién es el presidente del Gobierno. Incluso se hacen líos con el euro, en cuanto al cambio y demás», asegura la hermana Mercedes. Otro de los servicios que ofrecen las monjas es formar a las mujeres para poder trabajar en el servicio doméstico. «Nuestra orden nació hace muchas décadas con esa misión de enseñar a las chicas que llegaban del campo a servir en la ciudad en la posguerra para que se sintieran más seguras. Antes lo hacíamos con las campesinas españolas, y ahora, con las marroquíes. Porque la explotación es grande. Muchas trabajan como internas por 100 o 150 euros al mes. Y como carecen de papeles y seguridad social, tienen que tragar con todo tipo de explotación.» (X)